



Cuba: La chinita del columpio está en Gaza

Por Ilse Bulit

La Habana, enero (SEMLac).- Sus ojos achinados llamaron mi atención. En un jardín, una linda niña se mecía en un columpio, mientras un perro salchicha jugaba a sus pies. Yo estaba recién mudada al barrio de San Agustín, en una Habana que comenzaba los años sesenta. No conocía a los vecinos. Después supe que “la chinita” --así quedó archivada en mi memoria-- se llamaba Ana.

El salchicha era una salchicha y prodigaba cachorros, mientras su dueña crecía ante mis ojos. Ella eligió, como el hermano, la profesión del padre, la medicina. En las noches, éste les repasaba. Las voces se escuchaban en el jardín, donde el columpio permanecía solitario. No había tiempo para él.

Una tarde observé a la joven Ana en conversación baja con otro joven de piel aceitunada. En los barrios de La Habana, las noticias corren con el viento llegado del mar. “La hija del médico tiene un novio jordano”, se comentaba. ¿El se quedará en Cuba? Por supuesto, ¡no! La chinita marchó con su esposo cuando él terminó su servicio social y se fueron a Gaza.

Otra mudanza me alejó de la cuadra, sus vecinos y sus comentarios. Esporádicamente, hablaba con sus padres. La chinita del columpio, junto a su esposo --médico también--, sabía de curar quemaduras producidas por las bombas y de vivir en espera de ataques sorpresivos.

Del jardín desapareció la generación de los perros salchichas. Las lluvias y el tiempo destruyeron el columpio de madera. Mientras, las guerras y sus odios seguían en pie...

Ahora, en el jardín, están los dos hijos de aquella chinita: dos jóvenes apenas salidos de la adolescencia, Sami e Ismail. Cuentan que sus padres están en la franja de Gaza, que saben de ellos esporádicamente, cuando ella llama por teléfono (¡a saber cómo!). Los dos muchachos estudian medicina.

“Más de 1.000 muertos en Gaza”, se lee en un titular. Agregan que más de 300 de los fallecidos son niños y 75, mujeres. La chinita y su esposo se mudan y se unen a otros matrimonios, un poquito más alejados de la zona bombardeada cada día. No tienen luz, ni gas, ni agua. En los cuerpos de los pequeños, que mueren a diario, coloco el rostro de una linda niña sentada en un columpio. A cada cuerpo mutilado de mujer, le coloco el rostro de la joven en espera del novio en el jardín.

(fin/semlac/09/ib/la/mrc-sm-zp/409 palabras/1.907 caracteres)

Costa Rica: Desde el epicentro de la tristeza*

Por Carmen Lía Meoño



San José, enero (SEMLac).- Contaban los *awapas* (brujos indígenas) que Pachamama se enamoró de Chibuzú (Volcán Poás) y le dio una gran cantidad de regalos: una imponente montaña, un hermoso cráter, ríos y cataratas, bosques y una variedad de raras especies de animales y plantas.

Durante algunos siglos vivieron en sus laderas los indígenas botos y después comenzaron a llegar los campesinos con sus pueblitos y tradiciones: iglesias, canchas de fútbol, cantinas y escuelitas, en medio de fincas de flores y fresas, pastizales y vacas.

Hace una semana regresó un espíritu envidioso y, asombrado ante el "aparente" idílico paisaje, visitado por 200.000 turistas al año, tachó con violencia el lienzo. Desde entonces, nosotros, habitantes del pie de la montaña, tenemos el corazón en la mano y las lágrimas en los ojos. Nos preguntamos ¿qué pasó?, y nos tomó dos días darnos cuenta del tamaño de la tragedia.

Después comenzaron a llegar las tristes historias de la gente que habitaba el coloso. Hablaban de las niñas nicaragüenses que vendían cajetas (souvenirs) a turistas en Varablanca y que fueron desenterradas debajo de un terraplén, aún tomadas de las manos.

Contaban del padre y su hija que fueron hallados entre los escombros de la soda de Cinchona, fuertemente abrazados. Corrían los rumores de Roberto el Panadero, si...ese muchacho, hijo de la vecina, que se fue, la mañana del jueves, con dos primos a traer queso a Poasito y jamás volvieron.

También narran de una vieja y su nietecita que vagan entre las carpas de los refugiados buscando otros familiares. Y las desoladoras historias de pueblos enteros desaparecidos y de los vecinos de Sarapiquí que buscan el río perdido entre los derrumbes de la montaña. Muchos dicen que los animales, vacas, perros, cabras, gatos y caballos deambulan hambrientos y abandonados.

Rápidamente nos juntamos para ayudar, algunos prestaron sus brazos para arrebatar de la tierra a seres queridos, otros sacamos cosas de las casas y los bolsillos para apalear la miseria. Cada uno esta haciendo lo que puede en medio de esta dura lección de humildad y solidaridad.

Este domingo, un grupo de amigos artistas, subiremos a la montaña con un poco de lápices de colores, papel, cuentos y canciones para espantar la tristeza y el dolor de los niños y niñas que se encuentran en los campamentos. Y a pesar de que todos estamos dispuestos a levantarnos de entre las ruinas y seguir adelante, a veces nos detenemos asustados porque aún tiembla....
(fin/semlac/09/clm/la/mrc-sp-sm/420 palabras palabras/ 2.125 caracteres)

* SEMLac publica este breve testimonio de una de las protagonistas que ha vivido de cerca el dramático terremoto de 6,2 grados en la escala de Richter que sacudió, el pasado 8 de enero, la turística zona del volcán Poás, en Costa



Rica, a unos 40 kms de San José, y que cobró la vida de al menos 23 personas y siete desaparecidos.